

que dar otro nuevo ataque cuyo resultado no fué dudoso. Los indios arrojados de todas sus posiciones dejaron entrar á los españoles; pero rehaciéndose en la plaza principal sostuvieron una pelea aun mas encarnizada. En fin, los indios cedieron, y yendo á refugiarse á las selvas dejaron á los españoles dueños de Tabasco.

Cortés mandó á sus soldados que no persiguiesen á los fugitivos. El botin que esta victoria proporcionó á los españoles, sobrepujó á sus esperanzas, porque si los indios se habian llevado á los bosques lo mas precioso, dejaron por lo menos en la poblacion abundantes víveres, que tanta falta hacian á los españoles estenuados de hambre y de fatiga.

No menos prudente que animoso, Cortés tomó todas las precauciones necesarias para poner en salvo á su tropa, y sobre todo preservarla de una sorpresa. Al acercarse la noche, alojó á todos sus compañeros en tres templos situados en los sitios mas dominantes de Tabasco: colocó sus centinelas por escalones, para que en caso de alarma los soldados tuviesen tiempo de ponerse á la defensiva. Infatigable en su vigilancia, no disfrutó un momento de reposo, y cuando dormian casi todos sus soldados, para reparar sus fuerzas agotadas en combates y marchas penosas, él rondaba para ver si los centinelas que habia colocado cumplian con su deber. Al salir la aurora encargó á algunos oficiales que fuesen á reconocer los bosques inmediatos; pero no encontraron ni un indio siquiera, lo que pa-

reció de mal agüero á Cortés. Mandó que se hiciese el reconocimiento mas lejos, y entonces se descubrió un ejército como de cuarenta mil salvajes, preparándose á presentar batalla á los vencedores de la víspera. Semejante aviso, en la posicion en que se hallaba Cortés, era para desalentar al jefe mas animoso, viéndose al frente con tal multitud de hombres, estimulados por el doble fanatismo de la religion y la libertad, y pudiendo reparar tan fácilmente sus pérdidas, mientras que la muerte de un español no era compensada con la de un millar de indios.

El capitán general no ignoraba á qué peligros se veia espuesto; pero sin dar parte á las tropas de sus inquietudes les presentaba siempre un semblante con tal aire de firmeza y seguridad, que logró inspirarles una confianza que él estaba muy lejos de tener, y cuando su pequeño ejército vió á su general siempre tranquilo y sereno, no dudó un solo instante de la victoria.

El primer cuidado de Cortés fué tomar una posicion favorable al corto número de sus tropas, formándolas en batalla al pié de una colina, cuya elevacion impedia que el enemigo acometiese por detrás. Colocando la artillería sobre esta colina, podian sus disparos hacer mas estragos en los apiñados pelotones de los indios. El, con los pocos gritos que habia, se apostó en un bosque vecino para salir y caer de improviso sobre los enemigos. Tomadas estas disposiciones esperó á los indios, que no tardaron en presentarse.



La mayor parte venia armada de flechas y de arcos, cuya cuerda era de un nervio de buey ó pelos de ciervo retorcidos; la punta de las flechas estaba formada con un hueso cortante ó una fuerte espina de pescado. Se servian tambien de un venablo que arrojaban desde lejos, ó con el que combatian de cerca manejándole como una espada; pero la mas mortífera de sus armas era un sable de madera muy dura y con el corte formado de piedras agudas engastadas en la madera. Este sable era tan pesado que era preciso servirse de las dos manos para manejarle. Muchos salvajes llevaban tambien mazas; otros hondas con las que arrojaban á bastante distancia y con buen tino piedras muy grandes. Solo los jefes tenian armas defensivas, que consistian en una coraza de algodón entretelado y un escudo hecho de madera ó con la concha de una tortuga. Por lo que hace á los soldados iban enteramente desnudos, y creian aparecer mas formidables pintándose la cara y el cuerpo de diversos colores. Con el fin de aparecer mas altos se ponian en la cabeza grandes plumas enlazadas entre sí para formar un ancho penacho.

Su música militar no era menos estraña que el traje, pues consistia en una flauta de caña y un tambor hecho del ahuecado tronco de un árbol. Aunque ignorasen completamente el arte de alinearse para combatir, observaban sin embargo cierto orden y su ejército estaba dividido en pequeñas divisiones, cada una con su jefe particular. En una so-

la cosa se parecia su estrategia á la táctica europea, y era en que rara vez acometian con toda la fuerza al enemigo, sino que reservaban una parte que constituia su refuerzo, ó como se dice en el lenguaje militar, su cuerpo de reserva.

Anunciaban siempre con grandes gritos su primer ataque, el que siempre era muy impetuoso; pero si el enemigo se sostenia y el desorden llegaba á introducirse entre los primeros acometedores, resultaba inmediatamente una grande confusion, una mezcla general, seguida bien pronto de la fuga y derrota de todo el ejército.

Tal era el enemigo cuyos cerrados y numerosos batallones se acercaban para combatir, ó mas bien aniquilar el pequeño ejército de Cortés, que firme en sus posiciones esperaba el ataque. Apenas los indios llegaron á tiro de flecha empezaron la batalla, dando espantosos gritos y lanzando tanta cantidad de flechas que oscurecian el aire. Los españoles, que hasta entonces habian guardado un profundo silencio, contestaron al enemigo con una descarga general de sus cañones y arcabuces, cuyo fuego abrió anchas brechas en los batallones indios; pero aquellos truenos que enviaban la muerte á sus filas, no asustaron á los salvajes, atentos solo á llenar los huecos que entre ellos hacian los disparos de la artillería y arcabuceria. Hasta se les vió coger tierra y arrojarla al aire, para que aquella nube de polvo ocultase á los enemigos las pérdidas que sufrían.



Por vigorosa que fuese la defensa de los españoles, el encarnizamiento, y sobre todo, la superioridad numérica del enemigo debían al fin triunfar de su valor. Ya les había costado mucho trabajo rehacer sus filas, rotas por la impetuosidad de los indios, ya se les acababan las fuerzas, cuando Cortés salió de improviso del bosque al frente de su caballería, y se precipitó en medio de los indios, que nunca habían visto un hombre á caballo. La vista de los ginetes, que con su caballo se les representaban como un solo animal, les causó tal sorpresa que las armas se les caían de las manos. Los españoles se aprovecharon de aquellos momentos en que aflojaba el combate para establecer el orden en su línea de batalla y en sus movimientos; rompieron un fuego mas vivo de cañones y arcabuces, y tomaron á su vez la ofensiva con tanta energía, que los indios, puestos al fin en completa derrota, huyeron en todas direcciones.

Cortés mandó á sus soldados que diesen cuartel á los fugitivos, y satisfecho de haber probado por segunda vez á los indios la superioridad de las armas españolas, se contentó con hacer algunos prisioneros de los que pensaba servirse para establecer la paz con la nación que acababa de vencer. Contáronse en el campo de batalla los cadáveres de ochocientos indios. Los españoles no perdieron mas que dos hombres, pero tuvieron hasta setenta heridos. En cuanto al número de heridos indios no se pudo averiguar, porque los que no recibieron herida de considera-

cion desaparecieron, mezclados en el tropel que ocasionó la derrota general.

Al otro día de la batalla llevaron algunos prisioneros á la presencia de Cortés; estaban pálidos y temblando, porque creían que los iban á matar; pero cuál fué su asombro, cuando el general español que los recibió, con benevolencia, les anunció por medio de Aguilar que ya estaban libres! Su alegría fué aun mas estrepitosa al recibir algunas bagatelas de Europa que les regaló Cortés. Se le hacia tarde para ir á contar á sus compatriotas la generosidad de los españoles, la que bastó para que los indios cambiasen en pacíficas disposiciones sus trasportes de furor y sus proyectos de venganza.

Todo aquel pueblo que había jurado guerra á muerte á los españoles, se hizo bien pronto amigo suyo: los indios empezaron á traer víveres al campamento, y Cortés los recompensó con magnificencia. Hasta el mismo cacique envió sus embajadores con regalos á pedir la paz, que les fué concedida sin tardanza. El viño poco tiempo despues y recibió regalos que le agradaron mucho, y para dar á Cortés una brillante prueba de agradecimiento le ofreció veinte jóvenes indias, diestras en hacer el pan de maíz.

Entre aquellas jóvenes había una notable por su belleza. Era hija de un cacique indio, y arrebatada en su edad temprana del lado de su padre, fué vendida al cacique de Tabasco. Despues fué bautizada y se le puso por nombre Marina. Como tenia



una rara inteligencia, aprendió en poco tiempo la lengua española, y el general se valió útilmente de ella en sus repetidas negociaciones con los mejicanos. Algunos historiadores aseguran que Cortés en agradecimiento á los servicios que le habia hecho, la elevó al rango de esposa suya, y que un hijo llamado Martin Cortés fué el fruto de esta union.

En el momento en que el cacique y los principales indios estaban reunidos en la tienda del general, los caballos españoles se pusieron á relinchar. Al instante los indios llenos de espanto, preguntaron por qué aquellos seres tan poderosos daban unos gritos tan terribles. Se les respondió que así manifestaban su cólera, porque el cacique y su pueblo no habian sido severamente castigados por su audaz resistencia á los españoles. Apenas escucharon esta respuesta, cuando discurrieron el medio de apaciguar la cólera de aquellos formidables cuadrúpedos, yéndoles á buscar mantas en que pudiesen descansar sus fatigados miembros, volatería y frutas de toda clase para su alimento. Despues se hincaron de rodillas delante de los caballos, pidiéndoles perdon y jurando que en lo sucesivo serian súbditos constantes y decididos de los españoles.

Cortés que deseaba llegar á las costas occidentales del país, dispuso los preparativos de la partida. El brillante triunfo que acababa de obtener le habia esperar igual felicidad en sus demás empresas. Sus soldados estaban tambien poseidos del mas vi-

vo entusiasmo. Terminados los preparativos, la escuadra se hizo á la vela dirigiéndose al Oeste.

En esta segunda expedicion, Cortés visitó todos los parajes en que Grijalva le habia precedido, y abordó á la isla de San Juan de Ulúa, fondeando la escuadra entre la isla y la Tierra Firme. Apenas se habia anclado, cuando dos piraguas (este era el nombre que daban los indios á sus grandes barcas hechas de un solo tronco de árbol) se acercaron á los navíos españoles. Venian en ellas algunos indios, al parecer personajes de distincion, los que no manifestaron la menor inquietud, aumentándose su confianza con el buen recibimiento que Cortés les hizo á bordo de su navío. Como venian comisionados para hacerle proposiciones, mandó á Aguilar que le explicase lo que decian; pero el intérprete no pudo entender una palabra siquiera de aquel idioma: era el mejicano, y Aguilar no entendia mas que el idioma de Yucatán, diferente en un todo del primero.

La posicion de Cortés en presencia de los enviados mejicanos, se iba haciendo embarazosa, cuando advirtió de repente que Marina, la bella esclava de que ya hemos hablado, conversaba con muchos de aquellos indios, y supo bien pronto que aquella jóven, nacida en una de las provincias de Méjico, de donde habia sido arrebatada y conducida á Yucatán, hablaba con igual facilidad el idioma de los dos paises. Por su intermedio se entablaron las negociaciones, porque hablando á los mejicanos en



su idioma, traducía en el acto sus palabras en el lenguaje de Yucatán á Aguilar, quien inmediatamente se las explicaba en español á Cortés.

Así fué como el capitán general supo que Pilpatoc, gobernador de la provincia, y Teutile, general del gran emperador Motezuma, le enviaban aquellos indios para preguntarle cuál era el objeto de su viaje y ofrecerle cuanto pudiera necesitar para continuarle.

Cortés respondió del modo mas afable, que solo le traía á su territorio el deseo de hacer alianza con su nacion, comunicando noticias del mayor interés para ella. Despues de haber trasmitido esta respuesta á los embajadores, los despidió muy contentos de su munificencia, y en seguida hizo que desembarcasen inmediatamente las tropas, los caballos y la artillería. Los españoles fueron ayudados en esta operación por los naturales, que rivalizando en celo y presteza les construyeron cabañas de hojas. ¡Infelices, no se figuraban cuánto les iba á costar aquella hospitalidad tan generosa!

Al dia siguiente llegaron Pilpateo y Teutile, seguidos de una numerosa tropa de mejicanos armados; todo su tren anunciaba el poder del monarca á quien representaban. Cortés juzgó tambien que por su propio interés debia desplegar el mayor fausto para imponer á los mejicanos y darles alta idea del poderío del soberano que le enviaba por embajador. Mandó á sus guerreros que formasen á su alrededor con todo el aparato militar que podia herir

la imaginacion de los enviados mejicanos, y él mismo los recibió con cierta dignidad que infundía respeto.

Habiendo preguntado á Cortés los enviados de Motezuma, cuáles eran sus intenciones, de qué tierra venia y qué monarca le enviaba, él les respondió en pocas palabras: "Que venia en nombre de Carlos de Austria, grande y poderoso emperador de Oriente; que venia encargado por este monarca de diversas proposiciones para el emperador Motezuma; pero que estas proposiciones eran de tal naturaleza, que exigian un coloquio particular con él, por lo que pedia que inmediatamente le llevaran á la presencia del emperador.

El monarca á quien Cortés daba el pomposo título de emperador del Oriente, era Carlos V, nieto de Fernando el Católico. Este que no habia tenido hijos, sino una hija llamada Juana, concedió su mano á un príncipe austriaco llamado Felipe. De esta union nació un hijo á quien pusieron el nombre de Carlos, el que, muerto su abuelo Fernando, resultó ser el heredero mas inmediato de la corona. Proclamado rey de España, unió á esta soberanía la de los Países-Bajos, y despues fué elegido emperador de Alemania con el nombre de Carlos V, porque habia habido otros cuatro Carlos antes que él.

Los enviados mejicanos que estaban muy lejos de esperar semejanta respuesta, la oyeron con tanta sorpresa como disgusto, porque no ignoraban cuán desagradable seria al emperador Motezuma la visi-



ta que el general español tenia empeño en hacerle. En efecto, aquel monarca estaba atormentado por los mas tristes presentimientos desde la primera aparicion de los españoles en las costas de Méjico. Aumentaba sus terrores una antigua tradicion que anunciaba que una nacion poderosa vendria, tarde ó temprano, del Oriente á invadir y conquistar el imperio de Méjico.

Esta antigua profecía, trasmitida de generacion en generacion, esplica el espanto de los mejicanos en general y de Motezuma en particular, así como el compromiso en que puso á los dos enviados la respuesta de Cortés, que exigia imperiosamente ser conducido á la capital del imperio.

A pesar de todo, abrigaban la esperanza de obligar al general español con magníficos regalos, á que abandonase su proyecto: Cortés los recibió manifestando su profundo agradecimiento, y esta manifestacion engañó por un momento á los enviados, que se animaron á declarar al general español que era imposible satisfacer á su demanda. Cortés variando entonces de tono y de lenguaje, respondió á los emisarios estupefactos, que tenia una precision de insistir en su demanda y que llegaria hasta Méjico, quisieran ó no los enviados de Motezuma, porque tenia que cumplir las órdenes que habia recibido, antes de volver á dar cuenta de ellas al grande y poderoso monarca que representaba.

Este ultimatum amenazador no dejó replicar á los enviados mejicanos, y suplicaron tan solo á Cortés

que les diese tiempo para participar sus intenciones al emperador Motezuma: Cortés concedió lo que pedian.

Durante el coloquio de Cortés con los enviados, se vieron unos pintores que habian traído en su comitiva para dibujar en blancas telas de algodón, las cosas mas notables y que mas les llamasen la atencion entre los europeos. Sabiendo Cortés que aquellos cuadros eran para enviarse á Motezuma, quiso que representasen asuntos mas interesantes y de mas efecto en el espíritu y la imaginacion de los mejicanos. Con esta idea formó su tropa en orden de batalla y presentó á los indios el simulacro de un combate europeo. Se asustaron de tal manera, que unos huyeron, otros cayeron al suelo, y costó mucho trabajo á los españoles hacerles comprender que todo aquello no era mas que un juguete, dispuesto con el fin de que se divirtiesen.

Los pintores sin volver enteramente del susto que les causó aquella diversion militar, pintaron con mano trémula las escenas que acababan de presenciar. Terminados los cuadros fueron enviados á Méjico, capital del imperio, juntamente con algunas bagatelas de Europa, y la relacion detallada de todo lo acaecido, durante la permanencia de los diputados mejicanos en el campamento español: todas estas cosas iban destinadas al emperador. Entre las sábias disposiciones que los españoles encontraron establecidas en este país, habia una para que en todos los grandes caminos, desde las mas remotas pro-



vincias hasta la capital, hubiese andarines prácticos, empleados esclusivamente en servicio del emperador: se mantenian en todo tiempo á distancias calculadas con exactitud, para comunicar prontamente al monarca la noticia de cualquier suceso que acaeciese en su inmenso imperio.

Como unas cuarenta leguas separaban á los españoles de la capital, y á pocos días de la partida de los enviados, ya los corredores imperiales transmitieron á Cortés la respuesta de Motezuma. Consistia en una negativa formal, absoluta; pero venia acompañada de regalos cuya riqueza correspondia al poderio del monarca que se los enviaba al general español. La generosidad de Motezuma estaba calculada para que Cortés no mirase su negativa como una ofensa. Pilpatoe y Teutile empezaron, pues, por depositar á los piés del general español los regalos que cien indios conducian, y que fueron estendiendo sobre unas esteras.

Aquí se veian telas de algodón que en finura y brillo competian con las de seda; allí imitaciones de animales, de árboles y otros objetos, hechas con plumas de varios colores, pero con tanto arte que se equivocaban con la realidad. Mas allá brillaban brazaletes, collares y otras joyas preciosas que revelaban en los artífices mejicanos suma habilidad unida á mucho gusto. Los españoles no se cansaban principalmente de admirar dos globos de gran dimension: uno de ellos de oro macizo representaba el sol, y el otro de plata representaba la luna. Ha-

bia tambien entre aquellos regalos muchas cajas llenas de piedras preciosas, perlas y oro en granos.

Cortés aceptó estos regalos, manifestándose muy complacido de las primeras demostraciones amistosas del emperador, tanto que los dos embajadores, animados con el cortesano lenguaje y aire afable del general español, creyeron que era aquella la ocasion mas oportuna para darle á entender, en nombre de su soberano, que era imposible el permitir que entrasen tropas extranjeras en la capital, y aguantar que permaneciesen mas tiempo en el imperio de Méjico, y que el emperador invitaba al general español y á sus soldados á que se volviesen á embarcar lo mas pronto posible.

Al escuchar esta contestacion, que Cortés fingió recibir como una ofensa, les declaró nuevamente que no podia conformarse con tan terminante negativa, y que su honor y el de su soberano exigian ya que no diese la vuelta á su país, antes de haber tenido con el emperador Motezuma la entrevista que reclamaba.

Júzguese ahora la sorpresa de aquellos mejicanos, de aquellos hombres acostumbrados á humillar sus frentes á la voluntad onnipotente de su amo, cuando escucharon las palabras del hombre audaz que se atrevia, no solo á entrar en contestaciones, sino á oponerse abiertamente al grande emperador! En concepto de aquellos esclavos, la respuesta de Cortés era un atentado horrible, un abominable sacrilegio, y por esta causa permanecieron durante



algun tiempo inmóviles y mudos. Cuando al fin se recobraron de su turbacion, suplicaron al general español que les diese nueva próroga para dar parte al emperador de la obstinacion del gefe de los extranjeros: Cortés accedió á la peticion de los diputados, pero exigiéndoles pronta respuesta.

Aunque ostentaba mucha calma y seguridad, no dejaba de tener sus inquietudes, y la incertidumbre del resultado de aquellas largas negociaciones tenia su ánimo en continua y profunda ansiedad. No podía desconocer la temeridad de su empresa, ni engañarse acerca del poder del Estado que se proponia invadir con una pequeña tropa de aventureros, que todos habian de sucumbir tarde ó temprano en lucha tan desigual. Estas consideraciones no le detuvieron; insistió en su designio, bien resuelto á desafiar y sufrir las consecuencias de su audacia, porque tampoco le era posible volver á Cuba sin esponerse á la venganza de Velazquez, irritado por su desobediencia á sus órdenes. Habiendo de elegir entre una empresa cuyo triunfo justificaria la temeridad de acometerla ó le haria sucumbir con gloria, y la perspectiva de una muerte ignominiosa por mano del verdugo, prefirió el partido que mas convenia á su emprendedor carácter y á su alma ambiciosa: resolvió llegar hasta Méjico, abriéndose paso con la punta de la espada.

No todos sus compañeros estaban tan determinados como él. Habia entre ellos algunos partidarios de Velazquez, los que se esforzaban á comuni-

car sus inquietudes á los demás soldados, incitándolos á pedir al general que los volviese á Cuba. Estos manejos fueron ineficaces, porque se estrellaron en el entusiasmo que animaba á la mayor parte de los españoles, que esperaban hallar inmensas riquezas en Méjico, de donde todavía esperaban una respuesta favorable.

Sus esperanzas, sin embargo, quedaron frustradas; Motezuma aunque alarmado de la obstinacion de Cortés, seguia con el mismo empeño de negarle la entrada en Méjico, y para alejar de una vez aquellos extranjeros de sus Estados, envió á Teutile con este terrible mensaje al general español. Esta vez Cortés se manifestó menos orgulloso, y descando ensayar el efecto de la moderacion en el monarca mejicano, respondió con estudiado comedimiento: "que uno de los principales deberes de la religion cristiana, era la instruccion religiosa del prójimo y su iniciacion en las verdades que aseguran la eterna felicidad; que habia sido enviado por el gran emperador de Oriente, su soberano, á Méjico, para libertar al dueño de este grande imperio y á todos sus habitantes de los errores y falsedades de la supersticion y la idolatría; que para conseguir un resultado tan feliz necesitaba hablar con el emperador, y que por tanto les declaraba de nuevo que era indispensable se verificase esta entrevista cuanto mas antes."

Teutile indignado estuvo á punto de interrumpir al intérprete que le comunicaba el discurso de Cor-



tés, porque apenas podía dominar su impaciencia y su enojo. Se levantó diciendo con acento colérico, que puesto que las representaciones amistosas de nada servían, vería él de emplear otros medios mas eficaces para que se cumpliesen las órdenes de su soberano. Apenas hubo pronunciado estas palabras, se retiró precipitadamente con toda su comitiva y cuantos mejicanos habia en el campamento español.

La retirada de Tontile y la huida de todos los habitantes, que hasta entonces habian surtido de viveres á los españoles, sumergieron á éstos y á Cortés en una profunda consternacion. Bien se les alcanzaban las graves consecuencias de aquella retirada simultánea, y empezaban á sentir las en los rigores del hambre. Bien pronto el desaliento se hizo general, y los descontentos se aprovecharon de él, para intentar que Cortés diese la vuelta á Cuba, acusándole entre los soldados de que los conducia á la muerte, queriendo sacrificarlos á su temeraria ambicion.

El prudente general, tan sagaz como valeroso, quiso conocer la disposicion de la mayor parte de sus soldados; las personas de confianza á quienes encargó que los preguntasen, disiparon los temores que le habian hecho concebir las intrigas y las pérfidas sugerencias de los secretos partidarios de Velazquez. Contando para lo sucesivo con el afecto de casi todos sus compañeros, reunió á los promotores de la insurreccion, y se presentó á ellos sin la menor señal de disgusto á vista de sus enemigos, á

quienes la serenidad de su rostro tranquilizó completamente. Consultóles acerca del partido que convenia tomar en aquellas circunstancias, invitándoles á que manifestasen su opinion. Ellos entonces se creyeron autorizados para decir á Cortés lo que pensaban, y todos opinaron que era preciso embarcarse inmediatamente.

Cortés los habia escuchado con la mayor calma, y les respondió con la misma serenidad, que él no era de la misma opinion acerca de los peligros que tanto les asustaban, y que el temor les hacia exagerar; pero que de todos modos no pretendia que le acompañasen por fuerza, ni oponerse á su deseo.

Al instante mandó que se anunciase en el campamento el próximo reembarco de las tropas, avisando á los soldados que estuviesen dispuestos para él. Esta noticia dejó pasmados á los españoles, que desde que habian puesto el pié en aquella tierra, lisonjaban su codicia con las mas brillantes esperanzas. ¡Haber de renunciar á las ilusiones de tesoros, al porvenir de conquistas y de gloria que Cortés habia prometido á su ambicion! Iban pues á volver vergonzosamente sin haber recibido la mas pequeña indemnizacion de las fatigas sufridas, de los peligros en que habian aventurado su existencia, al punto de donde habian salido, acompañados de los mas venturosos presagios y de los estímulos de la muchedumbre! No; desobedecerán á su general y no se someterán á una orden que le deshonorra. En todos los parajes del campamento, la indignacion



de los soldados se desahoga en violentas murmuraciones y en amenazas contra Cortés.

Esto era lo que él quería: la cólera de los soldados favorecía tanto sus proyectos, que para estimularla envió á sus confidentes, para que acriminasen con vigor la conducta del general, insinuando que solo el miedo le obligaba á renunciar á su empresa. Esta diestra maniobra escitó un gran tumulto en el campo, y los soldados pidieron á una voz que Cortés renunciase el mando de una tropa á la que abandonaba, y que se volviese á Cuba. Este era el momento que Cortés esperaba para presentarse.

Empezó manifestando la mayor sorpresa á vista de aquel desórden; pero éste se aumentó con la gritaría. Los soldados furiosos rodeaban á su general para reconvenirle porque desconfiaba de los ventajosos resultados de una empresa de gloria para la España, y le declararon que ellos por su parte sabrían elegir jefe mas digno de mandarlos, y que á sus órdenes lograría el noble fin de sus trabajos y sus esfuerzos.

Semejante conducta y tal lenguaje eran graves ataques á la disciplina militar; pero Cortés estaba en el colmo de sus deseos viéndose atacado con tal violencia, porque observaba que esta comedia caminaba al desenlace que él tenía preparado.

Respondió que jamás se le hubiera ocurrido renunciar á una empresa gloriosa, cuyo triunfo no le parecía dudoso, si no le hubieran participado el desaliento del ejército, y que había tenido que ce-

der á una imperiosa necesidad, dando la señal de una retirada que todos los soldados pedían; que con el mayor sentimiento había tomado una resolución tan contraria á sus deseos y esperanzas. Fué interrumpido por sus soldados, que le decían á gritos, que le habían engañado indignamente; que unos pocos cobardes habían tomado el nombre del ejército para calumniarle, y que lejos de ser cómplices de su cobardía, los demás soldados de Cortés estaban prontos á seguirle á donde quisiera guiarlos, y que á las órdenes de tal jefe arrostrarían los mayores peligros y aun la muerte.

El general español dió gracias á sus soldados por haberle desengañado, y los felicitó por su constancia, anunciándoles que iba á tomar todas las disposiciones para fundar una colonia en el paraje en que se encontraban, para penetrar así con mas seguridad en el centro del imperio, cuyo soberano pretendía insolentemente obligarlos á salir de sus costas. Con gritos de alegría fueron recibidas estas palabras, que habían electrizado á los guerreros españoles.

Quería entre tanto Cortés aprovechar una circunstancia tan favorable para legitimar su mando, porque su autoridad podía ser puesta en duda y gravemente comprometida desde que Velazquez había revocado los poderes que le otorgó.

Como se proponía fundar una colonia, formó para ella su ayuntamiento, teniendo cuidado de que le compusiesen hombres afectos á sus intereses. Cuan-



do esta especie de tribunal quedó establecido y el general hubo instalado en él á los nuevos magistrados, se presentó á ellos, llevando en la mano su baston de mando, y con el mas profundo respeto al tribunal, le dirigió el siguiente discurso:

“Desde este dia, señores, os considero como los representantes y delegados de nuestro augusto soberano; por consiguiente, vuestros fallos tendrán para mí la autoridad de las mas sagradas leyes. Sin duda os hallais convencidos de la necesidad que tiene el ejército de ver á su frente un general cuyo poder no esté sometido al capricho de soldado; pues bien, señores, mi autoridad está en cierto modo á merced de su inconstancia. Desde que el gobernador de Cuba me destituyó de las funciones que me habia confiado, se pueden poner en duda mis derechos al mando: esto es lo que me obliga á depositarlo en vuestras manos. Ahora, señores, elegid, nombrad comandante en nombre del rey, al oficial que os parezca mas digno de este honor. Por mi parte, estoy pronto á dar á mis compañeros, como soldado raso, el ejemplo de la obediencia al que tengais á bien elegir por comandante.”

Al pronunciar estas últimas palabras, inclinó su baston de mando, presentándosele con respeto al presidente, dejó sobre la mesa el título de su autoridad militar y se retiró.

La dimision de Cortés fué admitida por los jueces, que desempeñaron con singular gravedad el papel de que él mismo los habia encargado. Proce-

dióse en seguida á nueva eleccion, y por segunda vez Cortés fué proclamado por unanimidad de votos. Concluido este acto, el tribunal anunció su resultado á las tropas reunidas, que con su adhesion y sus aplausos ratificaron la eleccion verificada.

